

Dale fuego á mi palacio!  
¡Fuego! Y que se encienda el día.....

(Váse Leonelo)

Corre Leonelo.... ¡Oh, placer!  
¡Cuánta desventura ayer,  
Y agora ¡cuánta alegría!

(Alzando la frente y los brazos abiertos  
al cielo, en medio de la escena, llenándolo  
todo, dominándolo todo.)

TELÓN RAPIDÍSIMO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

—  
La misma decoracion.

—  
ESCENA PRIMERA.

JIMENA de pié. DON ARIAS sentado.

ARIAS.

Sepulte en hondo silencio  
Mi corazon sus querellas,  
Que no salga de mi labio  
Ni un suspiro, ni una queja;  
Que en ese abismo de dudas  
Donde sin fin, noche eterna  
Desenvuelve y amontona  
Su pavorosa tiniebla,  
Vague mi espíritu errante  
Sin luz, sin calma, sin tregua,  
Como en el lóbrego espacio  
Ave fatídica y negra;  
O en derredor de la torre  
Solitaria de la aldea,  
O del ciprés quejumbroso  
Que sombra á la muerte presta,  
Vaga sin paz, sin sosiego,  
Desalentada, sin fuerzas,  
En pos de ilusoria víctima,  
Tras de fantástica presa!  
¡Qué tal, Jimena, qué tal



(Como haciendo burla de su propia amargura.)

Me explico, para que entiendas  
Este afan que me devora  
Esta ansiedad que me quema?  
Tú que vives á su lado,  
Tú que sabes cuanto piensa,  
Puesto que su pensamiento  
Toma en el tuyo, que es de ella,  
Y de ella el tuyo, la forma  
Y el ropaje de la idea,  
¿Qué piensas de lo que pienso?  
¿Qué has pensado tú, Jimena?

JIMENA.

Señor . . . lo que vos pensais,  
Me sobrecoje, y no acierta  
Mi razon si ha de ser bueno  
O si ha de ser malo . . . y fuera  
Más natural que Doña Ana  
Escuchando la suprema  
Resolucion . . . . . de vos mismo,  
Su parecer os dijera . . . . .

ARIAS.

Ella misma . . . . . Ella . . . . . y tú crees,  
Crees que doña Ana acceda  
A escucharme? . . . . . Si tu puedes  
Obligarla . . . hacer que quiera  
Oir con calma, razones  
Que esquivó traidora y terca,  
Puedes marcharte, y hablarla  
Y reducirla á que venga . . . . .

¿Dudas? ¿vacilas? entónces . . .

JIMENA.

Voy, señor . . . .

ARIAS.

Vete, Jimena

## ESCENA II.

ARIAS, solo.

Martirio que nunca acabas,  
Padecer que nunca cesas,  
Si para el amor no existen  
Sepulturas en la tierra;  
Si ha de acabar cuando acabe  
Esta cárcel, vil materia;  
De una vez, dolor, destruye  
Los lazos que la sujetan  
Y alma y cuerpo . . . . . todo junto  
Se desmorone y perezca,  
Y reducidos á nada  
A la nada, otra vez vuelvan . . .  
¿A la nada? ¡ay! ojalá  
Que la nada, verdad fuera,  
Y no mentira . . . . . y que todo  
Acabara y pereciera.  
Pero este amor, que del cielo  
Es emanacion, que lleva  
El sello que Dios imprime  
A sus creaciones eternas,  
No ha de acabar con mi vida.  
¿Y entónces? . . . ¡ay! sólo queda,



Para aplacar este encono  
Que emponzoña mi existencia,  
Que con mi sangre circula,  
Que siento hervir en mis venas,  
La venganza! . . . sí . . . implacable  
Como la justicia eterna;  
Como ella, inflexible. A tiempo,  
A tiempo, Leonelo, llegas.

ESCENA III.

Don ARIAS, LEONELO.

¿Buscaste?

LEONELO.

Busqué y en vano  
Como no he buscado nunca . . . . .

ARIAS.

De modo que queda trunca  
Esa carta . . . .

LEONELO.

Pues es llano  
Que trunca queda . . . . .

ARIAS.

Es así  
Todo lo que el hombre alcanza!  
Truncada está la esperanza  
Que otro tiempo concebí.  
Gran parte en mi corazón  
Aun vive firme y robusta,  
Mas de su imagen augusta,  
De su inmensa concepción,

Hay algo que siento fuera,  
Algo que de mí se aparta,  
Que semejante á esa carta  
Deja rota la hechicera  
Ilusion, que en mí ha vivido,  
Que no sé si la he de hallar,  
En dónde la he de buscar,  
En dónde la habré perdido.  
En dónde? Busca Leonelo,  
Como he buscado yo mismo.  
Y en los antros de ese abismo  
Que entre la tierra y el cielo  
De humanos duelos se harta,  
No hallarás, no hallarás nunca,  
Ni lo que mi dicha trunca,  
Ni lo que trunca esta carta.  
Vive Dios! ya yo no quiero  
Mas sueños alimentar,  
Ni alegrarme, ni gozar . . . . .  
Nada busco, nada espero  
De mi existencia pasada;  
Contra ella al fin me sublevo.  
Hoy Leonelo, todo es nuevo! . . . . .  
¿Está la gente apostada?

LEONELO.

Hace dos horas.

ARIAS.

Y quién

Los dirige, porque es fijo  
Que él se aturden . . . . .



LEONELO.

Mi hijo

Los manda, el mismo Guillen,  
Guillen que es ágil, que es fuerte,  
Y que tiene, no os asombre,  
Pendiente con ese hombre  
Una deuda que es de muerte.

ARIAS.

[*Sorprendido y con aire de reconvencion.*]  
Que eso digas?

LEONELO.

Eso digo.

Tres meses hace tan sólo  
Que Guillen le atacó solo,  
Pero es tan rudo enemigo  
Señor, ese hombre, tan ducho  
En los golpes de la espada,  
Que de una fiera estocada  
No le faltó á Guillen mucho  
Para morir..... ¡vive Dios!  
Pero os juro que á encontrarle  
O á sus piés ha de mirarle,  
O allí sucumben los dos.

ARIAS.

Entónces ¿fuiste traidor?  
Si sabías.....

LEONELO.

Lo sabía,  
Mas, sin pruebas, no podía  
Deciros nada, señor.

ARIAS.

Tienes razon..... no es estraño  
Y aun hoy en horrible cuita  
Esa carta y esa cita  
Me parecen un engaño.

LEONELO.

¿Ya lo veis?

ARIAS.

Basta. En lo oscuro  
Que Guillen espere alerta,  
La vista fija en la puerta,  
El cuerpo pegado al muro,  
Pronta la mano á reñir,  
Pronto el acero á matar.  
Si ese hombre se atreve á entrar,  
Que no se atreva á salir.  
Y eso, si aquí ¡vive Dios!  
Pese á mi desdicha avara,  
Frente á frente y cara á cara  
No nos miramos los dos.  
(*Váse Leonelo.*)

#### ESCENA IV.

Don ARIAS, doña ANA.

ARIAS.

¿Sois vos? (*Se sorprende al ver á Ana.*)  
Pasad, señora. (*Aparte.*) ¡Esto es un sueño!  
(*Alto.*) Hablaros pretendí.

ANA.

Eso, Jimena



Me acaba decir, y por su empeño....

ARIAS.

(*Con ironía.*) Y como sois tan buena....

ANA.

Señor, si es que el reproche

Torna otra vez severo á vuestro labio....

(*Tratando de irse.*)

ARIAS.

(*Deteniéndola.*)

No os vayais ¡vive Dios!; hoy como anoche

Vais á inferirme descortés agravio?

Decid, qué os hice yo para que esquivá

Huyais de esa manera.

Por qué quereis así que mi alma fiera

Dome ante vos, su condicion altiva?

Escuchadme, doña Ana,

Oíd con atencion un breve instante

Y sed al fin, lo que querais mañana.

¿Verme anhelais de hinojos suplicante?

ANA.

Oh!..... no tal.

ARIAS.

Pues sentaos, os lo ruego.

(*Doña Ana se sienta. Don Arias se apoya en el respaldo de la silla.*)

ANA.

Ya os escucho, Don Arias.

ARIAS.

Bien me place.

Una noche, como hoy, tres lustros hace

Quince años ya, señora,

Que tras la noche vemos en mal hora

Al sol hermoso que en los cielos arde;

Un triste sol, muriendo en cada tarde,

Un triste sol naciendo en cada aurora!

Una noche como ésta.... vuestra madre

En el trance cruel de su agonía,

Que uníerais, os pedía

Mi nombre al vuestro, y la infeliz anciana..

ANA.

Y yo señor, entónces, qué os decía?

ARIAS.

No interrumpais, doña Ana.

«No has de quedarte sólo en este mundo,

Clamaba con acento moribundo;

Si quieres que en la tumba halle reposo,

A don Arias acepta por esposo.

¡Oh! cuál será tu porvenir mañana

Hija del alma mía!"

ANA.

Y yo entónces, señor, qué respondía?

ARIAS.

No interrumpais doña Ana.

ANA.

(*Con resolucion y energía.*)

Señor, harto lo siento,

Siempre ante vos enmudeció mi acento.

Hoy permitid, señor, que os interrumpa.

Yo pedía á mi madre

Antes que unir mi vida á vuestra vida,

La soledad.... la muerte;... pero en vano

Porque anhelábais vos que respondiera



Algo que os halagara,  
Algo que la fantástica quimera  
Ante vuestros antojos realizara.  
De qué os sirvió tan pertinaz anhelo?  
¡De qué os pudo servir...! En vano quise  
Evitaros, señor, tan hondo duelo.  
Vos insistísteis ¡vos! mi pobre madre  
Abatida, llorosa y sin consuelo,  
Ya entre las garras de la muerte, presa,  
Arrancó de mis labios, por desdicha  
Fatal, don Arias, la fatal promesa.  
Oh! quién puede, señor, negarle nada  
A una madre infeliz... ¡oh quién le niega!  
Cuando suplica moribunda y ruega  
Y aguarda la respuesta, acongojada  
Clavando en nuestros labios la mirada!  
Ay, los míos apenas se movieron  
Y en el altar segunda vez juraron.  
Mas hablásteis de amor y no se abrieron.  
Volvísteis á hablarme y se callaron,  
Y se callaron siempre... y nunca han sido  
Perjuros ni traidores.

ARIAS.

Doña Ana, si mentís.....

ANA.

[Indignada, pero serena.]

Nunca he mentido.

Por eso no son vuestros mis amores.

ARIAS.

Doña Ana, si mentís.....

ANA.

¡Cielo clemente!

¿Y me ultrajais señor?

ARIAS.

(Con acento de reconcentrados celos.)

¿Nunca imprudente,

En el templo, en la calle, al pié del muro  
Donde se abre, señora, vuestra reja  
Escuchásteis de amor la ardiente queja?

ANA.

Nunca, señor, jamás... nunca, os lo juro!

ARIAS.

Y vos no amásteis?

ANA.

Eso.....

Eso señor... no sé... ¡pregunta extraña!

ARIAS.

(Aparte.) Leonelo no me engaña.

ANA.

Extraño la pregunta, os lo confieso.....

ARIAS.

Y no la contestais? El labio calla.....!  
Y el aire que respira vuestro pecho  
Encontrándolo estrecho  
En sangre y fuego arrebatado estalla....!  
Amais sin duda á alguno,  
Y el hombre que os adora  
Es en su propio hogar, noble señora,  
Mendigo torpe y huésped importuno.  
Yo de él os libraré... libre y tranquila  
Vivid en esta casa en adelante,



Que no refleje más vuestro semblante  
El gastado cristal de mi pupila . . . .!

ANA.

Oh! ¿qué intentais señor, qué estais diciendo?

ARIAS.

Nada, doña Ana, que por siempre os dejo  
Pues que mi empeño es vano . . . . .

ANA.

Es que á Ulúa volveis?

ARIAS.

Para el castillo  
Hoy se ha nombrado nuevo castellano.

ANA.

Vos ¿renunciásteis?

ARIAS.

Sí.

ANA.

Señor, y adónde,  
Adónde os vais señor . . . . .?

ARIAS.

Me vuelvo á España.

*(Aparte.)*

En vano, torpe, su alegría esconde.

ANA.

Entónces vuestra esposa os acompaña!

ARIAS.

¡Doña Ana!

ANA.

¿Porqué no?

ARIAS.

¿Qué está diciendo?

ANA.

Si deciros no pude que os adoro,  
Siempre supe guardar honra y decoro.  
Se castiga á la esposa  
Que falta á su deber . . . se la condena,  
Se la mata, señor . . . ya es otra cosa,  
Pero si ella es honrada . . si ella es buena;  
Si se respeta al ménos . . . . .

ARIAS.

¡Doña Ana!

ANA.

¿Mañana partireis? Con vos mañana  
Partiré yo también . . . Públicas fueron  
Nuestras bodas, que el mundo, el mundo  
(entero

Sepa, señor, si muero, cómo muero.  
No triste y calumniada  
De mi señor y dueño abandonada.  
Y no tengais temor . . . ¿sabeis qué quiero?  
Culpable me juzgais? hé ahí el acero!  
*(Señalando el puñal de don Arias.)*  
Que vuestra injusta cólera deshecha  
Me dé la muerte inicua sin tardanza,  
Que me horroriza más tan vil sospecha  
Que el horror de la bárbara venganza.

ARIAS.

Nó . . . Doña Ana, perdon. . mañana mismo  
Conmigo partireis . . . yo como siempre  
Sufriré mi dolor . . . y esta agonía,  
Quiera Dios que termine  
Aunque termine con la vida mía.



Teneis razon, señora,  
Antes de que al altar os condujera  
Me lo dijisteis bien; que no sería  
Posible que me amáseis . . . . que mi pena,  
Alivio junto á vos nunca hallaría,  
Que me iba á ser pesada esta cadena,  
Que fué mi amor desventurado y triste  
Desde que en mí nació... que de mi llanto  
Se nutriría solo y de amargura,  
Y de pesares lleno,  
En soledad eterna, en noche oscura,  
Gota á gota apurando este veneno,  
Ni compasion ni alivio á mis dolores  
Encontraría en vuestro duro seuol. . . . .  
Y así acepté señora, vuestra mano;  
Así mi nombre os dí... con la confianza  
De ablandaros un día. . . . .  
Pero en el alma mía  
Ya no quedani un resto de esperanzal  
Ni un resto. . . . .!

ANA.

*(Aparte).*

¡Oh Dios! ¡Oh cielo!

ARIAS.

Retiraos, señora, hasta mañana.

*(Váse doña Ana.)*

Suerte mía tirana *(Aparece Leonelo.)*

Tu rostro es siempre el mismo. Entra,  
*(Leonelo.)*

ESCENA V.

ARIAS, LEONELO.

ARIAS.

Te han engañado, te engañan  
No era verdad ¡no por Cristo!

LEONELO.

Yo lo he visto.

ARIAS.

No lo has visto!

Y tus palabras me dañan  
Me lastiman y me hieren.  
Los que tales cosas miran  
Si contra mí no conspiran,  
Ni me guardan ni me quieren.  
Tienes hija?

LEONELO.

Tengo una.

Ya no la conocereis.

ARIAS.

¿Quince abriles?

LEONELO.

Diez y seis.

ARIAS.

Hermosa?

LEONELO.

Sí... por fortuna.

ARIAS.

No me importa, pese á tí,  
Que por buena ó mala estrella;



Mas yo pienso que por ella  
Ese hombre entraba hasta aquí.

LEONELO.

Por ella? señor.....

ARIAS.

Sí tal.

Tal ha de ser, no lo dudes,  
Esas sordas inquietudes  
Que allá en tu pecho leal  
Han bramado como brama  
En el cielo el ronco trueno  
Cuando en su cóncavo seno  
La tempestad se derrama,  
Fueron tan sólo ilusion  
Que engendró tu noble encono.....  
Leonelo..... te lo perdono  
Con todo mi corazon.

LEONELO.

Señor.....

ARIAS.

Doña Ana es tan buena,  
Tan inocente y tan casta,  
Que si yo creyera..... basta,  
Basta repito.... serena  
Tu alma inquieta y haz que luego,  
Que de hacerlo es muy sencillo,  
Esas gentes el portillo  
Abandonen en sosiego.  
Ya no hay á quien esperar  
Ni sospechada mujer,  
Ni galan á quien prender,

Ni villano á quien matar....  
A dormir..... y muy temprano  
Me despiertas..... yo te espero  
En mi cámara.... pues quiero  
Aunque es bien fácil y llano,  
Preparar yo mismo el viaje.

LEONELO.

Nos vamos?

ARIAS.

Y qué te extraña.

Nos vamos todos á España....  
Ponles buen lecho, forrage  
Mejor á mis fuertes potros....  
Que harto habrán de caminar  
Hasta la orilla del mar;  
Guillén irá con nosotros,  
Tambien tu esposa... y tu hija,  
Mejor porvenir le espera  
Allá en lejana ribera,  
Allá ha de casarse bien;  
Y por mi amor protegido,  
En el tercio más garrido  
Sentará plaza Guillén....  
Vóime ya.....

LEONELO.

*(Humillado y obediente.)*

*(Aparte.)*

Me maravilla

Cuanto pasa. *(Alto.)* Dios os guarde.

ARIAS.

Vete tambien que es ya tarde. *(Vase.)*